

El viento había colocado sobre el cielo un manto de nubes negras, dejando apenas ver alguna que otra estrella, que, tímida, parpadeaba en la inmensa noche.

El patrón de la «M.^a Paz» fué a la comandancia pidiendo el permiso para salir. Mientras tanto, la pequeña embarcación se movía inquieta, codeándose contra las otras o contra el malecón, esperando que su dueño le soltase la amarra, para saltar sobre las olas, libre, como el perro al que han quitado el collar.

Por fin, llegó el patrón acompañado de los tripulantes: Enrique, el rubio marino que en las noches claras cantaba al son de su guitarra, y Andrés, el pescador de calamares.

Dió la coincidencia, que en el momento de soltar amarras sonó la campana de alarma: todos los hombres hábiles del pueblo salían de sus casas en dirección al puerto.

— ¡La alarma! —, gritaban, mientras corrían por las callejas blancas.

Una barca de pesca se hundía en alta mar. Muchos desde el dique intentaban divisarla, pero nada podían ver. Hasta ellos solo llegaba el murmullo de las olas iracundas que rompían contra las rocas cercanas.

Junto a algunas barcozas de salvamento, una mujer anciana lloraba desconsolada.

En medio del general desconcierto, la «M.^a Paz» ligera y suave, salía del puerto, cortando el agua con su estrecha quilla, como un ave de esperanza para aquellos que aguardaban en el dique.

En el horizonte, un rayo agrietó el cielo. La nave sabía a donde iba. Lo sabía también su patrón y lo sabían Andrés, el pescador, y Enrique, el rubio marino.

Clavados los ojos en la «M.^a Paz», las gentes del pueblo veían como se alejaba, inquietas sus velas, como un molino de viento cada vez más lejano, en las llanuras nocturnas del mar.

En la cerrada noche, el faro del pequeño barco giraba en todas direcciones, iluminando las olas que se alzaban fantasmales desde su seno.

De pronto, algo negro apareció y desapareció entre el oleaje. Los tripulantes, sobre la cubierta batida por las olas y la lluvia, trataban de distinguir. Rectificaron el rumbo en aquella dirección y efectivamente, allí estaban los restos de la pequeña barca. Aferrados a ellos como lapas gigantes, se veían los cuerpos de los tripulantes náufragos.

— ¡Eh!, los del botel gritó Andrés, el pescador, a la vez que hacía girar un cabo en el aire.

El arpón que llevaba en su extremo se clavó sobre los restos del maderamen de la barca hundida, mientras los tres tripulantes de la «M.^a Paz» tiraban de la cuerda. Poco a poco, y gracias a la pericia de los marinos, fueron salvados los dos náufragos de la barca de pesca, a quienes dejaron reposando sobre las literas. Después, en cubierta sonó un hurra de victoria, lanzado por los salvadores que apoyados sobre las arriadas velas, bebían de una botella.

El patrón encendió una bengala que brilló en el cie-

lo de revuelta atmósfera. Esperaron algunos momentos, hasta que al fin en medio del atronador ruido del mar, llegó a ellos el sonido lejano de una sirena.

— ¡Alguien viene en nuestra ayuda!, exclamó Andrés el pescador.

— ¡Mirad a babor!, gritó esta vez Enrique, el marino rubio.

Entre la revuelta mar, divisaron una luz amarilla, pero luego volvió a desaparecer al son de su sirena.

— Por el sonido juraría se trata de la «Santa Marta», aseguró el patrón.

Pero ya no volvieron a oír más, la tormenta arreciaba y ambas naves quedaron dispersas.

— ¡Meteros dentro y cerrad!, yo ya me encargo de la nave, ordenó el patrón.

El pequeño camarote tomó un ambiente especial: Los náufragos dormían o parecían dormir sobre las literas, mientras en el suelo los fatigados marinos descansaban. Así pasaron algunos minutos hasta que fuera, sobre cubierta, sonó la voz del patrón:

— ¡La costa!

La tormenta estaba en su punto álgido, llovía torrencialmente, mientras las olas se elevaban cada vez a mayor altura.

El patrón entró en el camarote y dijo con sorna:

— Sres. oficiales de esta nave, hay que decidir y sólo nos quedan dos soluciones: o intentar entrar en el puerto, lo cual puede significar la muerte partiéndose la embarcación contra las rocas o bien ir a correr nuestra suerte mar adentro, con la tormenta, llegando hasta donde ella dé de sí o hasta que la galerna engulla nuestra barca.

Permanecieron todos callados, mientras solo se oía el respirar cansado de los náufragos.

Andrés, el pescador de calamares, se rascó la barba y al final dijo:

— ¡Yo intentaría la maniobra de entrada.

— Yo también, contestó Enrique, el rubio marino.

Entonces sonó una voz extraña, uno de los náufragos, viejo lobo de mar aseveró:

— Creo que es una locura lo que pretendéis hacer: cerca del puerto está lleno de arrecifes, olvidad acaso que a esta costa se la llama brava. Las rocas acabarán con nosotros y con la embarcación.

— ¡De todas formas lo intentaremos!, contestó el patrón y añadió:

— Vosotros traed acá un papel.

En el estrecho camarote discutieron breves momentos la maniobra de entrada, al fin el patrón dijo:

— Salgamos, yo llevo el timón, intentaremos arriarnos al espolón y de esta forma evitaremos las rocas, vosotros estad preparados.

— Insisto en que es una locura lo que intentáis hacer, añadió la voz extraña del más viejo de los náufragos, pero sus palabras ya no fueron oídas, los tres marinos estaban sobre cubierta.

Cada vez, las luces del pequeño pueblo pescador se acercaban más, como un pequeño gusano, alineadas sobre el puerto.

(Termina en la página 2)